



EL ÁRBOL ROJO

Sandra Patricia Diaz Brandl

Altomira se despertó como todos los días con el canto de los afrecheros y los arañeritos rivereños, las heliconias se levantaban por encima de los helechos cual guacamayas naranjas, a punto de emprender el vuelo enfrente de la casa de Anahí y Yacu; en la cocina el olor de la aguapanela perfumaba la mañana gris y lluviosa, las vacas saludaban al amanecer con sus pequeños terneros, el maíz de la mazamorra se cocía lentamente con el fuego de los maderos viejos de un árbol que la vejez, la lluvia, los truenos y Wandra -la madre de las plantas- despojaron de su espíritu; los hogares se empezaban a encender para prepararse a un lunes jornalero.

En Altomira, en casa de Anahí y Yacu, se guardaban celosamente las costumbres de la etnia y procuraban estar alejados del mestizaje que tanto mal les había hecho desde el descubrimiento; eran jefes de una gran familia con seis niños y aunque la prevalencia de sus costumbres era lo más importante, amaban a sus hijos y por ello les permitían ir a la escuela, jugar canicas y tener osos de felpa. En casa era permitido un televisor, pero solo unas horas en las tardes, pues la caja estúpida, como la llamara la abuela antes de morir, traía desgracias y malas noticias; consideraban importantes otras instituciones públicas como la escuela, porque era la oportunidad para que los hijos se educaran en bien de sus familias y las tierras que no muy amablemente les habían sido concedidas. Anahí y Yacu aprendieron prácticas de los blancos, como les llamaban a quienes tildaban de colonizadores, pero solo aquellas que no interfirieran negativamente con sus costumbres y su cultura.

Aquella mañana de lunes Anahí se acercó a la cama del único de sus hijos que simpatizaba con la escuela: ¡Magena! ¡Magena! Ve al arroyo a traer agua, este día -chok ara waripata te ek ari k odait ee maaepira netodait ee (Todos nosotros comeremos gallina). Magena salió cantando, ¡al agua voy caminando! ¡danzando voy hacia ella, ella viene corriendo, sus peces vienen nadando! La pequeña Magena era inquieta, en dos años de estudios aprendió castellano y esto le permitía comunicarse bien con sus compañeros de escuela y entender lo que le enseñaban. Pasaba largas horas mirando los animales y las plantas, le asombraban en particular los loros salvajes y les llamaba arcoíris voladores, pues su plumaje no solo tenía

un hermoso color verde, sino que debajo de su cola poseían un plumaje de color azul, rosado, morado y rojo. Magena admiraba los árboles y decía que cuando el viento soplaba eran sus hojas que hablaban a los humanos para confesarles que iba a venir la lluvia.

Amaba el camino entre su casa y la escuela, desde un pequeño puente de madera podía extasiarse con el río cauca, su sonido, que -especialmente cuando había llovido en la noche- le resultaba más hermoso que el canto del tucán culirojo; pero esta mañana era diferente, el canto alegre de Magena se vio silenciado por una curiosidad; creyó escuchar una voz al interior de los árboles y decidió detenerse; se preguntó si tal vez sus hermanos estaban cerca. Ella era una niña bastante suspicaz; se quedó calladita, calladita, esperando sorprender a los dueños de las voces, sin embargo, nada sucedía... tampoco volvió a escuchar que nadie hablara. "Qué extraño" se dijo, "juraría que oí voces, pero los árboles no hablan; no puedo estar loca, iré más cerca"; mientras se acercaba, lo único en escucharse eran las gotas de lluvia golpear las hojas y sus pies pisar los frutos caídos que la noche maduró, de pronto: ¡Magena! ¡Magena! Debes despertar ya; llevo rato llamándote, ¿acaso no sabes que es inicio de clases en la escuela? Sí mamá, respondió con voz somnolienta, perezosa y malhumorada.

¡Magena! -dijo su madre-, irás por el camino del arroyo, le mostrarás a tu hermano Yana de dónde se saca el agua y lo enviarás con una vasija llena, este día - chok ara waripata te ek ari k odait ee maaepira netodait ee (Todos nosotros comeremos gallina). Doy una ofrenda a los espíritus del agua que soñé algo muy parecido, se dijo Magena.

La mañana pasó como otras; en casa, Anahí cuidaba de sus hijos más pequeños; el abuelo ya no podía ir con los hombres a sus labores, entonces enseñaba a los niños a hacer telares y cestos con chaquiras y los significados de los colores: a Sami, la más juguetona de las niñas y la menor de la familia, le gustaba el azul que significa para los Embera Chamí, cielo, mar, espacio, espiral y camino; a Kanda, el niño, le gustaba el naranja, porque significa flores, figuras geométricas y sentimientos hacia la madre tierra. El padre trabajaba cada día con los tres hijos más grandes, pero

¹ Sandra Patricia Díaz Brand es estudiante de 5to semestre de Trabajo Social en el CAT que Uniclairetiana tiene en Pereira-Risaralda. Colombia

siempre volvían antes del mediodía; le gustaba sembrar y recolectar, pero ese año las cosechas eran escasas, muchas familias se habían ido a las ciudades y muchos hombres habían muerto, Altomira ya no era como antes, pero los que se quedaron, luchaban contra las nuevas colonizaciones del hombre blanco.

En la escuela Magena celebraba su primer día del tercer año de estudios, le gustaba aprender muchas cosas y se deslumbraba frente a los demás niños porque decía que todos eran de colores diferentes así como lo eran las aves y que aun así todos podían vivir y comer de la misma tierra; les enseñaba a hablar como ella y le hacía mucha ilusión intercambiar su desayuno de tortas de maíz y jugo de mandarina, con las papitas de limón y la pony malta que traía su mejor amiga.

Después de una larga jornada escolar, mientras la pequeña Magena regresaba de su primer día de escuela, recordó el sueño que tuvo antes de despertar y pensó que no podía ser casualidad que algunas cosas de ese sueño se hicieran realidad, el agua, la vasija, la frase de Anahí su madre... entonces se detuvo para recordar más, y ¡oh sorpresa! Encontró lo mismo que en su sueño, había un camino entre el arroyo y el río y en la espesura de ese bosque un árbol rojo, rojo como la sangre que salió de las venas de su hermano Nahuel cuando pisó una mina; rojo como la de aquellos muertos en la casa de los vecinos que pasaron por la tele, rojo como los tulipanes que acompañaron el ataúd de la abuela. Magena decidió acercarse... la curiosidad del ser humano es más fuerte cuando tienes ocho años y en ella estaba acompañada de muchas preguntas, ¿Por qué habría un árbol rojo en el mundo? Es un color hermoso, pero más lindo el verde que cobija la tierra y delinea los caminos, el azul del cielo, de la luna y las estrellas, el café de la miel, el amarillo de mis atrapasueños y de las plumas del más pequeño de mis pollitos, ¿Por qué los espíritus Jaí pintarían un árbol rojo si hasta el árbol de manzanas rojas es verde? La curiosidad de Magena no bastó para acercarse tanto al árbol rojo, sintió miedo, parecía que tenía venas, que por dentro de él algo se movía como si tuviera corazón, las hojas parecían destilar un líquido rojo al igual que toda su textura, entonces pensó que lo último que faltaba era que el árbol rojo le hablara como en su sueño y corrió y corrió hasta su casa. Al llegar, Anahí la esperaba con angustia, su padre Yacu y

sus hermanos la estaban buscando temiendo que algo le hubiese pasado. ¡Mamá! ¡mamá! ¡Encontré un árbol rojo entre el arroyo y el río, lloraba sangre! Que locuras dices pequeña hija, estábamos preocupados, tardaste en llegar, ven y cálmate que los árboles no son rojos y no lloran, seguro lo has soñado, debes descansar y prepararte para la comida, recuerda que este día - chok ara waripata te ek ari k odait ee maaepira netodait ee- (todos comeremos gallina).

Más tarde en la comida, Yacu reprendió a Magena por haber causado preocupación y le advirtió que siempre debía tomar el mismo camino sin detenerse, le repitió que no había árboles rojos que lloran. Ese día en casa todos comieron gallina y Magena se olvidó del árbol rojo.

Al despertar del martes, Magena se sentía muy triste, no dijo nada a su madre, se quedó enternecida con un colibrí en la ventana del cuarto de baño rodeada de enredaderas y orquídeas; recordó que Yacu, su padre, decía que cuando un colibrí llegaba a casa era el alma de un ser querido que venía a visitar; Magena no entendía su tristeza, pensaba en su abuela muerta y el dolor que le causó su pérdida, ella le había enseñado sobre los Jaibanás, sobre Wandra y sobre todos los espíritus mágicos que ayudaban a la tierra. Susurró con voz quebradiza que ningún humano debería morir, ¡oh abuela! no regreses en un colibrí, resucita por mí, los árboles se han vuelto rojos y tengo miedo ¿por qué te marchaste? pronto la tierra será un mar de sangre, me lo han dicho los sueños, Wandra, madre de los animales y los árboles me lo ha anunciado, ¡oh abuela, no me dejes sola!

Magena estaba desolada. ¿Cómo una niña tan pequeña podía sentir tal dolor y tener tan profundas reflexiones? ¡Magena! ¿Piensas quedarte a vivir en ese lugar? Escuchó la voz de su madre. Voy mamá, no tienes que alzarme la voz, le respondió con mal carácter.

Ese día en la escuela, Magena escribió un poema en la clase de español; ¿quieres compartírnos tu poema Magena?, le pregunto su profe, ¿deseas leerlo? Claro que sí respondió, y con voz muy triste la pequeña leyó: solo hay un lugar para vivir: la tierra, y si solo hay una, ¿por qué la estamos destruyendo y con ella todo lo que habita? ¿Cuál alimento comerán entonces los colibríes y los pájaros si los árboles se vuelven rojos? ¿Cuáles frutos comeremos si son de sangre los hijos de los



despertó, era luna creciente como el significado de su nombre; por las brechas de su casita encumbrada sobre guaduas entraba la luz azul, desde su cama podía ver a sus hermanos durmiendo cómodamente, no quería despertar a nadie, así que caminó lento hasta la puerta; descendió por las escaleras de esterilla que sonaban como ratones recién nacidos y caminó hacia el bosque, ya no iba cantando pero tampoco tenía miedo, pues Wandra se había revelado en sus sueños y la había encargado la misión de ser intérprete del árbol rojo, así como los espíritus Jaí hablaban a través de los jaibanás (chamanes).

¿Por qué me quieres a mí Madre Wandra? Soy apenas una niña que no puede convencer a nadie; la luna brillaba y Magena no tenía miedo de la noche ni de avanzar entre los árboles, era valiente, ¿se imaginan ustedes una noche de luna caminar por un bosque y encontrarse un árbol rojo que llora sangre? quizás había sido el temor de la pequeña, pero no en ese momento, un espíritu Jaí ya la había poseído y la preparaba para recibir el poder mágico.

Magena llegó por fin al árbol rojo de su sueño, observó que ya tenía frutos y que aquellos eran rojos; las hojas aun destilaban un líquido de su mismo color que se desvanecía debajo de la luna; sus piecitos estaban húmedos y viscosos, tenía la impresión de estar caminando entre guayabas podridas. Magena no podía ver mucho, la luna solo iluminaba las partes medias y altas de aquel árbol no sabía qué hacer, la madre Wandra la había llevado hasta allí, pero no sabía para qué; sintió frío, tocó con sus manos el suelo para buscar un lugar seco y sentarse, pero se topó con un fruto del árbol, era asqueroso al tacto e inmediatamente lo tiró, ¡ach, que cosa más desagradable!

La pequeña finalmente fue vencida por el frío y el sueño, aunque alrededor del árbol rojo era todo un lodazal, Magena durmió el resto de la noche. Al día siguiente, el miércoles, creyó escuchar la voz de su mamá llamándola para ir a la escuela, pero no era Anahí, no era su madre, tampoco había despertado, seguía en el sueño, era la voz del árbol rojo, ¡Magena! ¡Magena! Tu nombre significa Luna Creciente, has descubierto el árbol rojo y por ello tu voz será mi voz, encontrarás el camino para decirle a los humanos que la hora del fin se acerca, que la madre tierra agoniza y sufre, mira a tu alrededor, los frutos que caen de mí son rojos en las ramas y al caer se vuelven negros, al caer

árboles?
Los caminos serán ríos rojos, los ríos serán caminos rojos, los árboles lloran sangre, ¡los árboles, los árboles rojos! El profesor de Magena estaba un poco inquieto, preguntó a la niña de dónde había sacado esas palabras y ella le respondió: "nadie quiere creerme, hay un árbol rojo en el bosque y Wandra me ha dicho en sueños que la tierra será poblada de ellos, que todos moriremos de hambre y que la gente llorará y llorará"; los demás niños rieron, el profe se quedó intranquilo, los sueños de Magena eran muy extraños.

Ese día la pequeña decidió desobedecer a su papá y se fue a casa por otro camino; no quería ver más ese árbol, le asustaba la idea de que hubiera crecido más y se saliera hasta el camino, apuró el paso, cantaba su canción preferida para olvidar, solo miraba hacia el suelo y su corazón latía muy fuerte, decidió correr, pero a su cabeza llegaban imágenes del árbol rojo que expandía sus ramas y la atrapaban. Le faltaba la respiración, como si un fantasma de la noche gritara en sus oídos. Magena lloraba, llamaba a sus seres amados, ¡papá! ¡madre! ¡abuela! ¡ayúdenme! ¡Tengo miedo, tengo mucho miedo!

Magena tropezó contra una piedra y cayó en otro de sus profundos sueños; al despertar estaba en casa, en su cama; sus padres estaban preocupados, creían que la niña había sido embrujada y le ungían con plantas y ponían collares para espantar el mal; habían llamado a los abuelos para cantarle y así ahuyentar a los fantasmas y a los dioses nuevos, pero muy tarde cuando todo estaba calmado, Magena se

pueblan la tierra de gusanos que comen las cosechas, secan los ríos, matan los animales, enferman a los humanos que morirán con dolores terribles y otros hombres serán poseídos por malos espíritus que exterminarán la vida; tú Magena debes buscar el camino para salvarnos a todos, este árbol que soy yo, es la prueba de que la tierra mengua, mis frutos son la muerte, mis ramas y raíces son la sangre que han derramado las armas, lloverán cenizas y éstas danzarán en el aire como ángeles negros en funesta coreografía, la tierra será un mar rojo donde todos se ahogarán; debes decirles que tienen que cambiar ahora, hay sobrepoblación que agota los recursos naturales, gases de efecto invernadero, contaminación, deterioro de la biósfera, aniquilación de los sistemas marinos y bombas atómicas y nucleares, nada de lo que ahora ves volverá a existir, tu familia, el arroyo, el río, el abuelo tejiendo cestos con tus hermanos, ¡Nada! ¡Nada existirá!

Magena estaba muy asustada, no entendía bien lo que decía el árbol rojo, pero pensaba en lo que había visto en la televisión y de cómo poblaciones como la suya habían desaparecido llevándose consigo tradiciones ancestrales como su lengua, sus creencias espirituales, las danzas en homenaje y agradecimiento a la luna, al sol, al agua, tantas y tales cosas que desaparecerían si este árbol rojo llegara a multiplicarse. Entonces preguntó: señor árbol rojo, usted me dice que debo encontrar el camino para hablar con los humanos de toda esta destrucción, pero ellos no van a creerme, dirán que estoy loca o que un mal de ojo ha enfermado mi juicio, -mw saka ara waima- ¿cómo llego allá? -Mw bichi mas amare waima- ¿por dónde me voy? El árbol rojo respondió, Magena enviada de Wandra madre de los animales, las plantas y los árboles, deberás convertirte en un nuevo pájaro, tu canto inspirará a los hombres, llevarás en tus alas un arco iris para pintar de nuevo la tierra y en tu pico siempre habrá semillas para que los hombres siembren y cosechen; Magena perturbada preguntó de nuevo: señor árbol rojo ¿y mi madre y padre y mi familia? ¿No volveré jamás a casa? Siempre volverás a casa Magena, en cada atardecer con el último rayo de sol, siempre los verás y comerás a su lado porque has de llevarles las semillas de la vida, incluso después de muertos estarás con ellos, volarás en compañía de tu abuela en algunas mañanas y siempre cantarás en la ventana de tu casa junto a las orquídeas y las heliconias.

El día avanzó y en casa de Magena toda la familia se había movilizado para buscarla, no sabían a qué hora había desaparecido, su padre y hermanos mayores caminaron una y otra vez por el camino a la escuela, pero no encontraban a la pequeña; Yacu recordó que su hija le había hablado de un árbol rojo que lloraba sangre y decidió buscarla junto al arroyo cerca al río, al acercarse Magena estaba tendida debajo de un enorme árbol de acacias, su cuerpo estaba cubierto de flores amarillas brillantes, llevaba empuñado un papel con las frases que escribiera en clase de español y en su cara una sonrisa, el cuerpo de la pequeña niña estaba sin vida.

Desde esa mañana de jueves, el alma de Magena se mudó a vivir a un pájaro por mandato de la madre de los árboles, cuando cantaba, la gente de Altomira también cantaba y sus trinos se escuchaban como cantos de una paz que todos envidiaban, en honor a ella Yacu su padre, decidió sembrar un árbol cada día y le empezaron a llamar el Semillero; Anahí su madre creó una sociedad de mujeres indígenas dedicadas a tejer cestos de color rojo para decirle al mundo que la sangre solo debe correr por las venas; los Altomiranos que se habían marchado a las ciudades, escucharon la leyenda de Magena y regresaron a seguir cultivando y cosechando la tierra; en la escuela además de la clase de español los niños estudiaban el idioma de Magena para entender que no hay límites en las relaciones humanas, sino en la mente llena de prejuicios; ya no habían minas en Altomira, no había más árbol rojo de frutos negros, se seguía colando el azul de la luna por las hendijas de las paredes de las casas encumbradas, pero por las mismas hendijas entraban los espíritus Jaí para poseer las almas de todos los pobladores y dejarles los poderes mágicos de los ancestros y los dioses. Fue así como Magena cumplió el mandato del árbol rojo y se volvió un pájaro arco iris que devolvía el color original a los elementos de la tierra; desde el interior de la selva y de los bosques se puede escuchar su canto, y para quienes no logran escucharlo ella dice:

“Soy el pájaro arcoíris que pinta la naturaleza y trae bienestar para mi pueblo, ¡ayudadme! ¡ayudadme!”

“Soy la voz benefactora dentro de tu pecho que grita paz para mi pueblo, ¡Ayudadme! ¡Ayudadme!”

“Soy las manos que siembran la tierra y cuidan el corazón de mi pueblo, ¡Ayudadme! ¡Ayudadme!”